

EDITORIAL

I. La espera: invariantes de una vida

Salí de la ciudad, ribera abajo, al encuentro solitario del barco que aguardaba, sin saber cuándo vendría. Llegué hasta el muelle viejo, esa construcción inexplicable, puesto que la ciudad y su puerto siempre estuvieron donde están, un cuarto de legua arriba. Entreverada entre sus palos, se manea la porción de agua del río que entre ellos recae. Con su pequeña ola y sus remolinos sin salida, iba y venía, con precisión, un mono muerto, todavía completo y no descompuesto. El agua, ante el bosque, fue siempre una invitación al viaje, que él no hizo hasta no ser mono, sino cadáver de mono. El agua quería llevárselo y lo llevaba, pero se le enredó entre los palos del muelle decrepito y ahí estaba él, por irse y no, y ahí estábamos. Ahí estábamos, por irnos y no.

Antonio Di Benedetto, *Zama*

Siempre estamos aguardando algo que no sabemos cuándo ni cómo ni de dónde llegará: un amor que desarma, una noticia de otro mundo que de sentido al nuestro, el derrumbe de un sistema de relaciones sociales, un momento de serena alegría, un pensamiento, una oleada que se lleve ese muelle inexplicable que sigue ahí como testimonio de nuestras desdichas. No sabemos *qué dará de sí el día*, por eso no podemos jactarnos de lo que vendrá. Nosotros, que somos cadáver de mono, que llevamos su muerte adentro, que tenemos plena conciencia de su muerte y de la nuestra, estamos ya en el agua que nos ha llamado, somos parte de ese río que con sus pequeñas olas y sus remolinos sin salida nos quiere llevar: estábamos por irnos, *pero no*. Estábamos por abandonarnos, *pero no*.

El protagonista y narrador de la novela de Antonio Di Benedetto, don Diego de Zama, un joven funcionario americano al servicio de la corona en el Paraguay de fines del siglo XVIII, oscila sin mediaciones entre la espera exasperante de un milagro que desmienta su destino y unas pasiones desatadas que no cesan de impugnar la esperada civilización que corresponde a sus honores y a su cargo. Zama vive atormentado por una distancia que lo corroe y lo hunde: entre lo que espera y lo que hace hay un abismo que lo conmina a la erosión, a la locura, al maltrato, al desprecio de sí mismo y de los otros. Juan José Saer ha dicho que estas páginas que ha dado el escritor mendocino son lo mejor que se ha escrito en lengua castellana en el siglo XX. Nosotros decimos que a sus insoslayables valores literarios y filosóficos hay que sumarle los políticos: la deriva de Zama nos hace pensar y mucho en las derivas de esta nación.

Aunque es preciso evitar cualquier asociación fácil que anude la vida de un personaje de ficción con las leyendas constitutivas de un país, es cierto, sin embargo, que en este territorio no son pocos quienes porfiadamente siguen invocando el nombre de *Argentina* para, acto seguido, vivir atormentados entre la espera de un milagro que realice el destino de grandeza y la efectiva realidad de unas pasiones que amenazan los contornos imprecisos de ese destino imaginario que no cesa de retornar. Pero el abismo que se abre entre lo que se espera y lo que hacemos con lo que finalmente pasa tiene entre nosotros un nombre distinto a la *nada* recurrente que acecha a Diego de Zama: llamamos *crisis* a la singularidad que oficia de *gran simulacro* de nuestra vida en común, singularidad que en estos meses ha sido puesta en entredicho por el derrumbe financiero de un capitalismo planetario que –como ya es costumbre en las estrategias imperiales– quiere apropiarse de un saber acumulado que nos pertenece.

Estábamos por irnos, *pero no*. Aunque no sabemos *qué dará de sí el día* –de eso no podemos jactarnos–, aunque nos socave nuestra indecisión, nada ni nadie podrá arrebatarnos el diccionario enloquecido de la crisis que no sin largos esfuerzos supimos conseguir. Un diccionario de figuras fácilmente asequibles, entre las cuales hay una

primera de vastas resonancias: la crisis como *agonía*, en el doble sentido de *enfrentamiento* –carácter agonal: empate mal resuelto entre contendientes siempre repetidos–, y *decadencia* –en la que escuchamos los ecos de Martínez Estrada, pero sobre todo de Halperin Donghi: el rostro agónico de la Argentina peronista que se niega a morir–. Hay una segunda figura a la que también somos muy afectos: la que menta la crisis como *fin*, en el sentido de final, de crisis terminal. Una retórica del catastrofismo la circunda hasta hacerla suya con un profetismo que a la sazón advierte que *ahora vienen por todo*. Catastrofismo que explica otros desvaríos recurrentes: porque la crisis como *oportunidad*, tercera figura que apuntamos en este diccionario, aparece siempre como la experiencia de una pérdida, como una queja amarga ante el destino que se escurre en nuestras manos. Tres figuras, las anteriores, que se alternan para asistir bajo aleatorias combinaciones a la cuarta: la crisis como *repetición* de aquello que fue y que será: en fin, la crisis como *ciclo*. No sin cierto gozo gustamos de afirmar que no pasan más de seis o siete años sin que este país se hunda en una crisis de la que nadie quiere hacerse responsable, pero de la que todos participamos con no poca intensidad.

La crisis se escribe bajo estas figuras que alientan severas estrategias de supervivencia. Doble saber entonces: el de la escritura de la crisis –y aquí tenemos nuestro módico y todavía incompleto diccionario; el de la inscripción de la crisis en los cuerpos decididos a sobrellevarla. En *Zama*, don Diego vive su crisis como un vacío que oscila entre la regla de la espera y la pasión que desbarranca. No es el único modo de vivir una crisis: las oscuras derivas nacionales y las prácticas de supervivencia que sostuvieron nuestro vínculo social durante décadas, han dado lugar a una tríada que haría temblar al mismísimo Hegel.

Tres modos de inscribir la crisis cíclica en formas de vida se recortan con cierta nitidez entre nosotros. El primero de ellos remite a las estrategias de la *picaresca* y la *simulación* que se incorporaron a la vida en común hasta convertirse en disposición filogenética de nuestra cultura. El segundo, a las formas del *trabajo* y su derruida moral disciplinaria que todavía alienta experiencias constitutivas del

núcleo económico social. El tercer modo alude a la *misión sacrificial* que oficia de último eslabón del lazo comunitario al que recurrir cuando el destino parece extraviarse. Estas formas puras manifiestan su impureza en una vida diaria macerada sobre el trasfondo igualitario y plebeyo que nos constituye. Así, la persistencia del ideal misional parece tener como contracara la picaresca; sin embargo, en los momentos de crisis ambas figuras dejan ver con claridad sus rostros, que con mayor tersura se solapan y alimentan. En tiempos normales, no obstante, ambas se tornan menos visibles que las estampas del trabajo, aunque no dejan jamás de *estar-abí*, agazapadas, latentes. Hay una cuarta forma, a la que no daremos autonomía: la del inquisidor, la del que pide un millón de muertos, la del que sueña con terminar de una vez con esos chicos que son *como bombas pequeñas*. También está agazapada, mediáticamente latente, dispuesta a expresarse como combinatoria criminal de las otras tres.

Nosotros, que somos cadáver de mono, que hace tiempo somos *ese* mono, que estamos ya en el agua que nos ha llamado, que somos parte de ese río que con sus pequeñas olas y sus remolinos sin salida nos quiere llevar, nos reconocemos en esas figuras: pícaros, trabajadores, misioneros. Pero ese reconocimiento no alcanza ni calma. Hay algo que acecha, una oscuridad más profunda aún, que ningún diccionario nombra, que ninguna forma termina de enseñar. Hemos dicho: estábamos por irnos, *pero no*. Estábamos por abandonarnos, *pero no*. Es que no hay afuera, no hay adónde ir. Este es nuestro destino sudamericano y lo abrazamos con el debido respeto, con la debida incomodidad, con los honores y los desastres que su historia, quizás poco pudorosamente, ha legado.

II. La historia, la tragedia y la pasión

Querer hacer un héroe de Martín Fierro a costa de su destreza de peleador era dar directamente en su doble: Juan Moreira. Así empuerqueado y envilecido el gaucho, no resultaba un ente paradigmático, sino un pobre ser desvalido, víctima de un estado social abominable, que deformaba al gaucho, y por eso concluimos no tolerándolo a él. Para crucificarlo, antes lo coronamos como a un rey. Era preciso optar entre ese estado social y político abominable o su víctima. Mitificar a Martín Fierro, abstraerlo de ese mundo, era olvidar ese mundo, cerrar los ojos

ante su triste espectáculo. Pero individuo y medio son inseparables en los poemas gauchescos: no era posible desglosar al personaje, salvando a la sociedad pervertida que lo “indignificó”, sin negar la veracidad de los materiales etnológicos recogidos. El rechazo del gaucho y de la literatura gauchesca, su conversión en lectura amena, significa lo mismo que la revalidación de un estado social imperfecto. A no ser que se suponga que, desaparecido el gaucho, ha desaparecido lo gauchesco. (...) De donde se puede decir que para matar a Martín Fierro, que era un testigo impertinente, hubo de destruirse por su conversión en mito heroico y patriótico. Para que vuelva a vivir no basta resucitarlo: hay que transfigurarlo.

Ezequiel Martínez Estrada, *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*

Si hay algo que trabaja secretamente *entre* la espera del milagro renacido y el juego perverso de las pasiones desatadas, algo cuya modalidad empecinada menta el núcleo aciago de la crisis como si fuera el sustrato aún no desfondado de nuestra carne, eso sigue siendo *lo gauchesco*. Alimento diario de la sustancia trágica que nos atraviesa, precariedad en un medio precario al interior del cual se juega la supervivencia misma de los muchos, lo gauchesco es también el desafío permanente a todos los límites: un duelo pícaro, trabajoso, misionero, pero que sabe a más, duelo que es un mano a mano entre el exceso de vida y la muerte, que está allí, al alcance de la mano, a la vuelta de la esquina.

Ese sustrato, la carne que alimenta lo gauchesco en la forma de los muchos, son los *jóvenes* que viven en esos barrios, localidades, provincias que sólo aparecen en el mapa punitivo que inventa la *divina tevé führer* para explotar sus infamias y miserias, y negar, al mismo tiempo, sus alegrías. Esos jóvenes también provienen de muchos sitios de esta histórica ciudad que gusta mostrar su opulencia –también gauchesca, pero propietaria, transida por los modos bárbaros de los pocos, de los inquisidores–. Esos jóvenes, decíamos, son los hijos de los trabajadores desocupados y los hijos de los hijos de esos trabajadores desocupados. ¿Desde cuándo están atrapados? ¿Desde cuándo –porque son nuestros jóvenes– lo estamos nosotros?

Quienes viven donde el Estado y buena parte de la sociedad se han retirado, tienen que cuidarse por sí mismos. Y hace tiempo que lo hacen con los instrumentos propios que provee el medio: con lo que proveen los viejos y renovados saberes de lo *gauchesco*, con lo que da el rock, la cumbia, el rumor de tambores, los sonidos veni-

dos de peñas y bailantas que pueden alegrar el instante de una vida. Quienes viven con la herencia de un goce por la transgresión del límite que sus padres les legaron –y todos vivimos con esa herencia–, se hacen cargo de algo que esos mismos padres no quisieron o no pudieron siquiera pensar en esa otra nación en que vivieron: el problema del cuidado. Son ellos quienes se juntan, copan las rutas, marchan como si estuvieran asistiendo a una peregrinación a ver a la banda que tanto los conmueve y que en su misma conmoción revela que es excusa de reunión. Pero ¿no están atrapados ahí? ¿No estamos nosotros con ellos, atrapados en esa fiesta colectiva?

Es cierto que el abandono tiene una historia. Tiene marcas fuertes, pesados legados. El haber hecho suyos dos principios en sí mismos estimables, el de la *transgresión* –que toda cultura *sin sustrato gauchesco* debería promover para renovarse–; y el del *autocuidado* –que aprendieron a construir pacientemente en cada uno de esos barrios en que la nación *persiste*, justo allí donde los actores que la sostenían ya no pueden disimular su larga agonía–, enseña lo indeleble de esas marcas en el cuerpo de nuestros jóvenes. Con todo, una noche de fin de año, una noche que ya todos conocemos, esos dos principios, estimables en sí mismos, se mezclan en un boliche que es él también una metáfora de la nación *gauchesca*: los chicos saltan, se empujan, se embriagan. Viven allí una intensidad que los acomuna, y en ese mismo momento, encienden las bengalas que darán lugar a la transgresión del límite, la misma transgresión que ya no permitía percibir *los bordes de una nueva tragedia*. Y entonces ¿quién responde, a partir de allí, por todos ellos?

12 Cromañón no puede ser únicamente el episodio trágico que desmiente la espera de un impotente Diego de Zama, ni la impugnación definitiva de sus pasiones desatadas. No se trata, únicamente, de encontrar en esa noche una nueva señal de abandono, porque ya no alcanza ni la queja ni el análisis sociológico. Como tampoco alcanza, ciertamente, con saber lo que es obvio: que mientras los pobres pagan con su propia vida los efectos de aquellos actos transgresores, los ricos y los poderosos de este país pueden traspasar todo

límite sin que nadie ose cuestionarlos. Tampoco basta –aun cuando sea notoriamente necesario– con señalar a los responsables directos de la tragedia, para luego, en un reconocimiento impostergable, recuperar aquellos rostros. No alcanza, incluso, con la *resurrección* estradiana, esto es, con la mitificación de esos muertos, aún cuando ello siempre sea mejor que cualquier entierro no oficiado, como tantos de los que hubieron en este país: nuestros muertos merecen y demandan su *transfiguración* social, porque nuestro país, los necesita.

Por eso resulta ineludible dar un paso más que el propuesto por Martínez Estrada y mirar con ojos bien distintos a los de Diego de Zama. Porque finalmente no es suficiente admitir que en esos muertos aparece el signo ominoso de una verdad social que largamente los excedía. Hay que acercarse a esas muertes, integrarlas a la vida, *disponerse* a su escucha; ser capaz de un gesto de *amor*, lo cual significa, ni más ni menos, que decir que el país necesita y mucho de las vidas que en esos rostros pueden espejarse. Porque amar nuestro profundo rostro sudamericano significa ser capaces de ese gesto de amor. Como el que tuvieron y aún tienen muchos argentinos; como el amor de muchas mujeres de este país, algunas de ellas célebres. Porque en definitiva en este amor está la pasión que puede enfrentar al desprecio, la pasión que puede impulsarnos a que la Argentina misma se transfigure.

III. Itinerarios y adioses

El presente número de **El río sin orillas** consta de siete secciones. En **Territorios** son las transformaciones urbanas los signos que permiten pensar cómo habitamos nuestros espacios cotidianos, qué memorias y qué tensiones se manifiestan allí, en tiempo presente. En **Comunidades** indagamos el mapa que configura nuestra vida en común, mapa cuya confección exigía volver a discutir esas categorías que languidecen en los viejos diccionarios de las humanidades, como así también demandaba reinscribir nuestro presente en la serie argentina de las últimas tres décadas, para escuchar qué voces *han*

hablado a través de lo que el corazón dicta, en qué términos nuestro Estado y nuestras clases medias se vinculan con los sectores más desprotegidos de nuestra nación, y cómo ha sido entendida la responsabilidad política, en este tiempo, respecto de nuestros jóvenes. Los hilos de la cultura y la política que comunican nuestro pasado con el presente son también el tema dominante de **Herencias**, porque si la cultura es un mapa que permite orientarnos, es legítimo preguntarse cómo adueñarse del legado de nuestros antepasados allí donde se ha querido barrer justamente con esos hilos. Dedicamos **Tramas** a aquello que el arte, el cine y el ensayo nacional no ha dejado de imaginar: las pasiones que *han movilizado* esta nación, los afectos que arman no siempre de manera hospitalaria, una historia en común. Las **Conversaciones** con Mónica Cragolini y con Eduardo Rinesi que publicamos en este número pretenden explorar el alcance de aquellos *prismas* que son la filosofía y las ciencias sociales. Y en una nueva sección que denominamos **Obra**, ofrecemos también nuestro diálogo con Aníbal Jarkowski sobre su novela *El trabajo*, para así invitar al lector a demorarse en una escritura que permite abrir una grieta en aquello que damos por sentado.

Finalmente, este número cierra con un **Dossier** dedicado a Oscar Terán que quiere ser, además del reconocimiento de una trayectoria intelectual, un afectuoso agradecimiento por su labor docente. Reconocimiento y afectuoso agradecimiento, también, para otros dos grandes profesores e intelectuales cuyo invalorable aporte sólo podrá comenzar a ser indagado en un tiempo venidero: José Sazbón y Nicolás Casullo. Para muchos de los integrantes de esta revista, que fuimos alumnos templados por sus docencias, aquellas formas de apreciar, de construir el espacio de una clase permanecen como un modelo de lo que significa ser un *profesor*. Sus obras, sus intervenciones y sus querellas intelectuales seguirán siendo una referencia para todos aquellos que creemos que el mundo de lo político y el mundo de la cultura no son –ni deben ser– vectores paralelos.

Desde **El río sin orillas** queremos compartir nuestra alegría por el aporte decisivo que realizaron entrevistados e invitados para este

segundo número. Estos colaboradores y amigos, además de regalarnos conversaciones, diálogos y textos que brillan por sí mismos, también forman parte, explícita e implícitamente, de las discusiones que siguen haciendo de este *punto de reparo* un espacio de pensamiento común. Asimismo, queremos agradecer a aquellos sin los cuales hubiera sido imposible renovar la apuesta: *los lectores* del primer número. Para un proyecto autogestivo como el nuestro, resultó fundamental el gran acompañamiento que tuvo la salida y circulación de la revista, como así también las atentas lecturas que nos fueron acercando.

Decíamos en el número uno que el recorrido que propone **El río sin orillas** supone un horizonte de producciones culturales determinante para la constitución de los problemas que aquí intentamos pensar: las experiencias de las revistas. Dentro de este horizonte creemos necesario destacar un acontecimiento de notable significación: el decidido cierre de *Punto de vista*. Tanto por el singular derrotero de este artefacto “preciso y nervioso” y de quienes allí participaron, como por la notable persistencia del proyecto editorial –en especial, por la voluntad férrea de su principal y talentosa sostenedora, Beatriz Sarlo–, esta revista deja una marca decisiva en ese espacio de disputa polémica de la palabra. Nuestro reconocimiento para quienes mantuvieron ese *deseo de revista*. Asimismo, queremos agradecer especialmente a *Pensamiento de los Confines*, *El ojo mocho* y *Dialéctica* por el haber colaborado en nuestra difusión. Junto con *Instantes y Azares*, *Deus mortalis*, *Acontecimiento*, *Nombres*, *Políticas de la Memoria*, *Prismas*, *Entrepasados*, conforman la serie de intervenciones que renuevan, en cada página, aquel *deseo* sin el cual ninguna escritura perdura en el tiempo. Por último, queremos saludar y agradecer a todos nuestros amigos y afectos que día a día han acompañado y colaborado –de las más diversas formas– con este colectivo de trabajo. Sin ellos, también, hubiera sido imposible la alegría por este (nuevo) milagro: que el uno se haya vuelto dos.